

SU JUGUETE PREFERIDO

Alicia sacó la muñeca del cubo de la basura. Aquel juguete de confección tan tosca, tan vulgar, debería ser el nexo entre tres generaciones, en el centro de las cuales se encontraba ella.

Pero su pensamiento, o más bien su deseo, se estaba complicando. Era la segunda vez en la vida de la muñeca que era rescatada de entre los desechos. En esta ocasión había sido Noemí, su hija, quien la que la había condenado. La vez anterior había sido ella misma.

Cuando Alicia solo tenía dos años más que Noemí en la actualidad y vivía con Pilar, su madre en la que había sido la casa de sus abuelos, al que retornaron tras la muerte de su padre, su madre le regaló esa muñeca la víspera de Navidad. Ella, en cuanto su madre se volvió, la tiró por la ventana y Pilar, que la había visto, le preguntó la razón y Alicia respondió:

—Mamá todas mis amigas tienen muchas muñecas de verdad y yo solo tengo eso...

—Mira Alicia, tal y como están las cosas no podemos aspirar a más, así que tendrás elegir entre tener «eso» o pasarte la vida deseando tener una de verdad.

Alicia quería obedecer a su madre, pero no entendía porque no tenía, al menos una muñeca, como las de sus amigas.

Pilar viendo el conflicto en que se debatía su hija quiso relatarle el desesperado estado económico que atravesaban y, de paso, contarle como había confeccionado la muñeca. Era Navidad y el dinero del que disponían apenas les llegaba para comer, por lo que de comprar juguetes era mejor no hablar. Hacía casi un año que había enviudado y la prestación seguía sin llegarle. Se habían comido los magros ahorros con que contaban y no encontraba trabajo. Pilar quería que Alicia tuviera algún juguete para aquellas fiestas. Sin más materiales que el relleno de un viejo cojín, los retales y la canastilla de costura que heredó de su madre, emprendió su fabricación en los ratos que le quedaban libres tras ir en busca de algún alimento «abandonado» en las huertas que rodeaban el pueblo y a veces hasta en los contenedores.

Alumbró la muñeca que le dictaba su imaginación con aquellos medios, que resultó aparente: miraba desde los inmensos botones de un gabán, peinaba una melena *midi* con flequillo de una vieja madeja de lana roja y contaba sus cosas a través de una cremallera rota que, como la boca de su hija, era imposible cerrar. Tras algunas noches de poco dormir la había acabado a tiempo para Nochebuena.

Alicia, tras escuchar a su madre y sufrir por las lágrimas que se le escapaban, comprendió que debía poner los pies en la misma tierra a la que su arrepentimiento le hacía mirar. Era su muda forma de pedir perdón, después mordisqueando las palabras, que se le mezclaban con las lágrimas y los hipidos, le pidió permiso para limpiarla del barro que había atrapado en la calle. Su madre le dijo que ya se encargaría ella.

Esa noche Alicia soñó que su muñeca se moría, se despertó angustiada y sin encender ninguna luz, para no alarmar a su madre, fue hasta el tendal y no la encontró, fue al rincón donde estaba el costurero y tampoco, miró en la basura sin resultado, por entre las rendijas de la persiana escrutó la calle, estaba muy oscura y no se veía nada. Decepcionada volvió a su habitación y en sus sueños creyó haberla perdido definitivamente cuando empezaba a quererla.

Al día siguiente, al despertarse, la muñeca estaba junto a ella, apoyada en la almohada, con una falda y un delantal nuevos y la cremallera más sonriente. Juró que la amaría mil millones de infinitos o más. Siempre fue su juguete favorito, a pesar de que, con el tiempo, tuvo algunos «de verdad».

A Noemí no le preocupaba demasiado que su madre no le comprara juguetes. Ella tenía los que quería, bastaba con pedirselos a su padre. Él se los compraba y le decía:

—¿A que tu madre no te compra juguetes como estos?

Pero al igual que sucedía con la ropa que él le compraba, tampoco podía llevarlos a casa de su madre.

Un día Noemí le dijo a su padre que en la casa de mamá tenía una muñeca de trapo para jugar, que era muy fea, aunque simpática. Ese día, su padre le pidió que eligiera, de entre sus juguetes, los cinco que menos le gustaran.

A Noemí le costó mucho elegirlos, porque todos le gustaban mucho. Cuando lo decidió se los mostró a su padre.

—Esos podrás llevarlos a casa de tu madre para que, durante los quince días de cada mes que tienes que pasar con ella, tengas con que jugar y puedas tirar a la basura esa muñeca de trapo.

Alegre como unas castañuelas y deseosa de enseñarlos a las amiguitas del pueblo. Fue de Alcalá a Ajalvir, pero esta vez no solo para ir al colegio, esta era para quedarse quince días con su madre, Por primera vez que desde que sus padres se habían divorciado sacaba de casa de su padre algo más que la mochila del colegio, llevaba una maleta con los juguetes que serían la envidia de sus compañeras.

En casa de su madre la esperaba sobre el embozo de la cama la muñeca que su abuela había cosido. La retiró de un manotazo de aquel sitio y, en su lugar, colocó una de las que traía de casa de su padre.

Al día siguiente su madre, cuando terminó de limpiar una de las escaleras en que estaba empleada, fue a recogerla a la guardería. Iba por la acera del restaurante El Timón, le gustaba pasar por allí cuando la carne, asándose a la brasa, emanaba unos efluvios que le recordaban cuando estuvo casada. Todo esto lo hacía sin perder de vistas los contenedores de basura, que alguna vez le dieron de comer y, al mirarlos, vio lo que le pareció su muñeca favorita. Ayudándose con una rama la rescató y después de limpiarla someramente la envolvió con la rebeca, para que Noemí no la viera. Al llegar a casa, la limpió a fondo y la guardó junto con un profundo dolor en el viejo baúl.

No se hubiera sabido más de aquella muñeca de no ser porque, veintitantos años después, fallecía Alicia y Noemí, siguiendo ese luctuoso protocolo que consiste en deshacerse de los recuerdos del fallecido, acudió a la vieja casa. Al abrir un arcón encontró aquella muñeca de trapo que llevaba martirizándola tres cuartas partes de su vida. No era la muñeca lo que la torturaba, sino su ausencia. Al día siguiente de la llegada a casa de su madre con los juguetes que su padre le había autorizado, y como le había dicho, metió la muñeca de trapo en la mochila para tratarla sin que su madre lo supiera.

Cuando bajó del coche de la vecina que las acercaba al colegio a su hija y a ella, al pasar junto a un contenedor la tiró dentro.

De lo que no pudo desprenderse fue del sentimiento de culpabilidad que le acechó por hacerlo y que no la dejó dormir. A la mañana siguiente, cuando trató de recuperarla, ya no estaba.

Desde entonces no había pasado un solo día sin que la recordara y odiara a su progenitor por incitarla a hacer aquello, para apartarla de su madre. En cierto modo lo consiguió, porque Noemí se sentía tan culpable que rehuía a Alicia como a una enfermedad. Esta lo soportaba para que no se alejara más. Ahora sin su madre, quiso resarcirla amando a aquella muñeca de trapo.

Pero aquella historia no era mucho para vivirla a solas y quiso compartirla con Yolanda, su hija que, por entonces, tenía la misma edad que ella cuando aquello había sucedido y, al tiempo, desahogaba su arrepentimiento. Cuando logró que Yolanda despegara su atención del *smartfone*, que le había regalado su padre, también ellos estaban divorciados, le entregó la muñeca y le contó su historia. La niña, parecía escucharla mientras acunaba la muñeca en su regazo mostrándole las cosas de que era capaz aquel pequeño aparato electrónico.

Noemí, desahogada y convencida de que Yolanda había entendido su historia, que era la de su madre y la de su abuela, las dejó jugando y se fue a sus quehaceres pensando: «Menos mal que Yolanda no ha salido a la familia, parece que ella y la muñeca se llevan bien».

Con esta satisfacción durmió aquella noche de un tirón, por primera vez desde que tiró la muñeca al contenedor. Se había despertado alegre y descansada, como nunca la había visto Yolanda.

Todo apuntaba a un futuro armonioso y radiante hasta que, al entrar en la cocina, vio que del cubo de la basura asomaba parte del delantal de la muñeca.

El mundo se le vino encima y no quiso mirar más. No sabía si aquello era un *déjà vu* o una maldición.

Hasta que apareció Yolanda con la muñeca entre los brazos y le dijo:

—Hola mami, he tirado a la basura el delantal de la muñeca. ¿Por qué la mujeres debemos llevarlos y los hombres no?

Triangulo isósceles